

Plácido Domingo

en México

por Xavier A. Torresarpi

El pasado 21 de enero cumplió Plácido Domingo 70 años. Y los cumplió en plena forma artística en una Gala en Teatro Real de Madrid con la presencia de la familia real española, que lo honró en forma muy especial. Nada más adecuado para el hombre que más ha significado en el mundo de la ópera en el siglo XX. Los mexicanos estamos muy contentos de que Plácido se haya desarrollado en nuestro país.

Plácido Domingo Embil nació en Madrid el 21 de enero de 1941 y vivió en México del 18 de enero de 1949 hasta que en diciembre de 1962 salió con un contrato para la Ópera de Tel Aviv en Israel. Estuvo aquí 13 años y 11 meses, sólo seguido por el retorno triste del temblor de 1985 y las muchas otras ocasiones en que vino a visitar o a trabajar. Ya no volvió a vivir en México.

Los años que vivió aquí fueron sus años de formación. Plácido llegó a México sabiendo hablar y lo devolvimos al mundo sabiendo cantar. Las declaraciones que el tenor ha hecho en diversos medios refieren que está muy agradecido con México, y en todas partes proclama que siente a México como su segunda casa. Y no podría ser de otro modo, pues aquí vivieron sus padres, su hermana y otros familiares a quienes visita y visitó repetidas veces en lo que lleva de vida.

De dónde vino

España sufrió una cruenta y enconadísima Guerra Civil de 1936 a 1939 la cual terminó con la victoria de las fuerzas encabezadas por el general Francisco Franco. Aunque otros países “ayudaron” a uno u otro lado contendiente, lo hicieron principalmente como proveedores de material bélico y poco con alimentos. La España que salió del conflicto en 1939 era un país fracturado, con huecos en muchos hogares por muerte o por exilio. Y muy pobre.

Los padres del cantante fueron el barítono Plácido Domingo Ferrer, nacido en Zaragoza en 1907, de una familia de cantantes y restauranteros, y María Josefina Embil Etxaniz, nacida en Guetaria en 1918 (Guipúzcoa, País Vasco). Después de la Guerra Civil, Domingo Ferrer fue a Madrid y conoció a “Pepita” en una compañía de zarzuela en la que coincidieron. Se casaron en 1940, él de 33 años; ella de 22.

Aunque Franco salvó a España de participar en la Segunda Guerra Mundial al lado de sus amigos y compañeros fascistas Adolf Hitler y Benito Mussolini, las condiciones económicas eran todavía muy difíciles. Era de esperarse que América se percibiese como un lugar próspero y prometedor. Los Domingo Embil eran artistas que luchaban a diario por hacerse un camino en el mundo de la zarzuela, que ya para entonces había pasado sus épocas más felices y prósperas.



Pepita y Don Pla, recién casados

México recibió a un gran número de españoles refugiados después de la Guerra, en 1939, en lo que fue la mayor aportación cultural que hemos recibido de España. Además, aquí vivían muchísimos españoles que habían llegado por otras razones, además de la del exilio político. Tanto Cuba como México teníamos —y tenemos— grandes grupos de gallegos, asturianos, montañeses, leoneses y vascos. Toda ciudad mexicana tiene su Sociedad Española de Beneficencia. En resumen, una España empobrecida y “la otra España” próspera, en la que los españoles se podían sentir como en casa.

Pepita Embil fue invitada a formar parte de la Compañía de Zarzuela de Federico Moreno Torroba en España. Ella ya había cantado con este compositor y era una de las más importantes cantantes en el papel protagónico de *Luisa Fernanda*. Además, Moreno Torroba había compuesto *La chulapona* expresamente para Pepita.

La primera visita

La Compañía de Federico Moreno Torroba se anunció en el Teatro Arbeu de la Ciudad de México el 27 de diciembre de 1946. Debutaron el 3 de enero de 1947 con *La caramba*, que duró en cartelera hasta el viernes 17, día en el que alternó con el debut de *La chulapona*.

El esquema era simple: se ponía una pieza con dos funciones diarias y tres el domingo (tarde, moda y noche); no había día de descanso, es decir, se daban 15 funciones por semana: un tren de trabajo agobiante, pero era lo que se estilaba. Y además, había que preparar y ensayar lo que se pondría después. La cartelera estaba formada por obras de Moreno Torroba, algunas poco conocidas y luego prácticamente olvidadas. (Fuera de la muy exitosa *Luisa Fernanda*, todas las demás obras se reponen poco o nada: *La ilustre moza*, *Maravilla*, *La caramba* y *La chulapona*.)

Permanecieron en el Arbeu hasta el 16 de marzo y luego hicieron una gira por la provincia, para volver al mismo teatro de mayo a julio del mismo 1947 y, al final, partir a España. En ese tiempo, Pepita Embil había hecho amistades, evaluado el medio y pensado mucho. Cuando la compañía tomó el buque de regreso, los Domingo decidieron quedarse en México.

La primera compañía de zarzuela y opereta

Me aventuro a pensar lo siguiente: los Domingo sintieron que en México el género de la zarzuela tenía todavía éxito, y más lo tendría si se montaba una variedad de piezas más conocidas. Había amigos mexicanos (entre ellos destacaba Esperanza Vázquez) que los alentaban y estaban dispuestos a apoyarlos para que su traslado a México resultara exitoso. Sin embargo, no apostaron todo al arte lírico sino que pensaron en abrir otro negocio, una tienda de artículos españoles para niños, “por si acaso”. La tienda se llamó “Novedades Embil” y estaba situada en Insurgentes Sur 299. En la parte de atrás estaba la casa que habitaría la familia.

Entre la partida del grupo de Moreno Torroba y el debut de la nueva empresa de los Domingo-Embil, la actividad de la pareja se centró en una muy activa participación en *Cabalgata*, espectáculo español que realizó largas temporadas en el Teatro Iris, donde además de Miguel Herrero y Los Xey, la soprano Pepita Embil cantó números sueltos y presentó adaptaciones a zarzuelas conocidas.

La página de espectáculos de los diarios de nuestra ciudad estaba llena en esos años de anuncios de compañías de teatro de prosa y musical. Estaban activos el Iris, el Arbeu, el Principal, el Ideal, el Colón, el Fábregas, el Lírico, el Hidalgo y hasta en Bellas Artes había lugar para teatro en prosa. Los Soler, Ángel Garaza, María Teresa Montoya y frecuentemente artistas españoles montaban temporadas.

Por fin, el 29 de julio de 1949 se presentó la “Compañía de Zarzuela y Opereta Pepita Embil”, que fue por muchos años el centro de la actividad de este género con elencos variados y que incluyeron a muchos de los que luego destacarían en la ópera. En una entrevista periodística, Doña Pepita dijo que “el cincuenta por ciento de los que han formado la actual Compañía de Ópera han actuado con nosotros”.



Programa de la compañía de Moreno Torroba en México, 1947

La temporada se extendió hasta el lunes 31 de octubre. Un total de 96 días sin descanso, con dos funciones diarias y tres los domingos: ;206 funciones!, en muchas de las cuales se ofreció en el programa dos piezas. Hubo días en que se anunciaron tres funciones y se hizo saber que las estrellas (Pepita, el tenor Florencio Calpe, el varítono Jesús Freyre y la soprano Adelina Ramallo) estarían en las tres.

Esta fue la primera temporada que el niño Plácido Domingo Embil presencié en México. Y de ahí, con tres días de descanso y traslado, abrieron una temporada en San Luis Potosí, con un ritmo más sosegado para los teatros de los estados: función todos los días con dos los domingos. Los niños se les unían los fines de semana...

La temporada de SLP fue otro éxito. Se les recibió con mucho cariño y Pepita se las arreglaba en cada ciudad a donde iba para decirles que ahí precisamente es donde se sentía más a gusto. Lo dicen los de San Luis, pero también los de Guadalajara, Monterrey, Veracruz y Puebla. Yo creo que de verdad se sentían bien donde quiera que fueran.

Se reúne la familia

Habiendo despejado sus dudas sobre permanecer en México o no, los Domingo mandaron por los hijos Plácido y Maripepa, quienes

se habían quedado en Madrid al cuidado de la Tía Agustina, hermana de Pepita y a la sazón soltera (se casaría después en México, y aquí moriría).

El 18 de diciembre de 1948 abordaron el “Marqués de Comillas” de la Compañía Trasatlántica Española en el puerto de Cádiz, según recuerda Maripepa. Fue una travesía de 31 días hasta Veracruz, con escalas en varios puertos del Caribe. Pasaron Navidad y Año Nuevo a bordo, y ambos pasajeros recuerdan el viaje con cariño. “Había muchos niños de nuestra edad en el barco y nos divertíamos mucho.” Maripepa tenía 6 años y Plácido estaba por cumplir 8.

Los padres habían arreglado un permiso para acercarse al vapor en una lancha, y los hijos recuerdan que los vieron desde cubierta. Don Pla había crecido un bigote que Maripepa extrañó y reprobó alegremente. La familia Domingo Embil se estableció en la Ciudad de México, que entonces contaba con 2’536,000 habitantes, según el censo de 1950. Era una ciudad tranquila con relativamente pocos automóviles. Los niños podían sin temor viajar en tranvía o en camión, pero mucho se hacía a pie.

Al llegar se alojaron por un tiempo en la casa de Esperanza Vázquez, llamada “Pelancha” por ellos de cariño, en la calle de Puebla 419, mientras la casa detrás de la tienda en Insurgentes 299 quedaba lista. En la casa de los Vázquez vivían tres sobrinos que fueron sus amigos y compañeros desde ese momento. Cuando decidieron cerrar la tienda, pasaron por poco tiempo a un departamento en Zamora 5, y de ahí al Edificio Condesa, entrada S, número 8, por la calle de Mazatlán, donde Plácido vivió mientras estuvo en México. El rumbo era maravilloso para niños de esa edad; al frente de su casa había un amplio camellón arbolado. A dos cuadras estaba el Bosque de Chapultepec, a otras tres cuadras en dirección opuesta estaba el Parque España. ¡Y se podía jugar en la calle!

Plácido fue inscrito en la escuela Windsor y Maripepa en el Franco Español de la calle de Sadi Carnot. Plácido luego pasaría al Instituto México, donde estudió toda la Secundaria, antes de entrar al Conservatorio Nacional de Música, que ya estaba en su localización actual en Polanco, pero que entonces contaba con campos deportivos que Plácido utilizó al parejo que los salones de clase.

Su formación musical

El fundador de los Hermanos Maristas, Marcelino Champagnat, dejó instrucciones para que la educación que se impartiera en sus escuelas incluyera “mucho deporte y mucha música”. Así que desde el inicio Plácido Domingo vivió rodeado de campo fértil, en casa y en la escuela, para ir por el camino que tomó. También muy pronto se inscribió a los niños en clases de piano con el maestro Manuel Barajas. Plácido tomó clases con él casi desde su llegada a México hasta los 14 años de edad, cuando el maestro Barajas murió. Y luego pasó al Conservatorio, inscrito en la carrera de pianista.

Las clases del maestro Barajas eran dos veces por semana y duraban una hora para cada alumno. Había que estudiar cuando menos una hora diaria para no recibir castigos y regaños. Los hermanos Domingo Embil estudiaban en el piano de su casa; se turnaban para subir a estudiar mientras jugaban abajo con la “palomilla” que ambos compartían.



Plácido y Maripepa, de chiquillos en Madrid

Maripepa dice que toda la herencia musical se la llevó Plácido, pero ella avanzó hasta tocar piezas complicadas como *Asturias*, de Isaac Albeniz. Plácido tenía sin duda mucha facilidad para la música y la lectura musical. Cuando pasó al Conservatorio ya tocaba a primera vista lo que le pusieran enfrente. Le gustaba *hacer* música: la tomaba, como todo en su vida, *con pasión*.

Los lunes en casa de los Esteva

En la formación musical de Plácido influyeron mucho las veladas que se daban en la casa de la familia Esteva, lo que cuenta en su autobiografía “*Plácido Domingo, My first forty years*” (Ed. Alfred A. Knopf, Nueva York, 1983. Hay traducción al español, titulada *Mis primeros 40 años*):

“Me desarrollé como músico en aquellas sesiones de los lunes más que por cualquier otra actividad en mi juventud”. Estas palabras de Plácido me hicieron hablar con varios de los que participaron en esas veladas, de quienes obtuve lo que sigue: entre las 7:00 y las 8:00 de la noche se abría la casa de los Esteva en la calle Irrigación 18. Pepe Esteva era cantante y Carlos era violinista; Ángel tocaba el piano y Antonio la guitarra; la señora María del Carmen Loyola de Esteva tocaba el piano y cantaba las canciones de esos años, y con su marido auspiciaban esas reuniones a las que asistía un número variable, que iba de cuatro hasta 20 músicos y amigos.

Plácido llegaba siempre entre los primeros con una enorme pila de partituras, bromeando que no llevaba nada preparado, y de inmediato se sentaba en el Steinway de media cola de la familia.

Los autonombrados “enemigos del sol” seguían la sesión hasta las 2:00 o 3:00 de la mañana. Los más renombrados cantantes de la época —Cristina Ortega, Belén Amparán, Paulino Saharrea, Julio Julián y Carlos Santa Cruz— formaban parte frecuente del grupo.

En la cinta magnética que pude escuchar grabada en una sesión como otras tantas, cantó el barítono y maestro de canto Carlo Morelli. Plácido acompañaba... Si nadie lo relevaba, Plácido tocaba seis horas de corrido, y ahí desarrolló su maestría en el acompañamiento, que tanto le serviría luego en la compañía de sus padres. Sus primeros contratos fueron de pianista y muy pronto de preparador, más que de cantante, aunque él cantaba si se necesitaba. Dice que aprendió oyendo a los cantantes y maestros ya establecidos.

Una anécdota relatada por Carlos Santa Cruz, tenor de la compañía de zarzuela y dueño de magníficos agudos, y confirmada por Pepe Esteva, es que en algún momento Plácido dijo: “¿Me dejan cantar una?”, y soltó la romanza de *La del Soto del Parral*, “Quiero desterrar de tu pecho el temor”, que por cierto es para barítono. (Hoy se puede oír en YouTube por el mismo cantante, ya famosísimo, sea en el Festival de Salzburgo en 2007, en París al aire libre con James Levine, y en otras versiones.)

De la sesión grabada que pude oír, es de mencionarse una interpretación de ‘Amor ti vieta’, la famosa aria para tenor interpretada en un alarde por el barítono Carlo Morelli, acompañado por Plácido Domingo. Y para cerrar esa sesión se oye la parte de piano del Concierto No. 1 de Beethoven, en sus tres movimientos, tocada por el mismo Plácido. La toca casi sin notas equivocadas, pero comete una pifia en el tercer movimiento y se detiene, se ríe, y sigue desde ahí sin problemas. Son documentos para la historia.

Plácido dice en su libro que la señora Esteva entraba con café y una charola de pan. Lo corrigen otros asistentes, que insisten en que no era café sino un ya famoso chocolate acompañado de pan de la cercana panadería Elizondo. (Santa Cruz dice que el chocolate era magnífico y los Esteva confirman que no era café.)

Las sesiones de los Esteva tuvieron lugar durante los años 58, 59 y 60, y ahí seguramente Plácido acumuló muchas horas de música y de clases de canto. Santa Cruz le dijo a Pepita que Plácido sería un tenor con una voz “como una casa” en cuanto dominara sus agudos, pero Plácido en esos años sabía que los papeles más importantes de zarzuelas y operetas en versión española eran para barítono, a diferencia de las óperas, y además su voz siempre tuvo tonos baritonales muy parecidos a la voz de Don Pla en su etapa de cantante.

Otra anécdota cuenta que cantando en una ocasión con su madre a dúo “La negra noche” de Esparza Oteo, Doña Pepita oyó una nota aguda de Plácido su hijo, y le dijo: “Ésa es una nota de tenor...”

Y una anécdota más: se cantaba una función *amateur* de beneficencia en el Instituto Patria y uno de los cantantes era Plácido, quien tenía entonces unos 17 años. Un muchacho del Patria que escribía una nota para el periódico de la escuela



Plácido con Don Pla

“Cantar es todo para mí; cantar es vivir. Pero cantarle a México es recordar el principio de mi vida, la nostalgia de mi juventud y existir en constante alegría y agradecimiento.”

“Gracias por su apoyo y ayuda, que llegará a todos aquellos que la necesitan. Este concierto que realizo con tanto cariño lo dedico a mi padre, quien siempre estará en mi canto.”

Plácido Domingo

Concierto Pro Beneficencia Española, 1988

entrevistó al cantante y le lanzó la pregunta obligada: ¿qué quieres llegar a ser más adelante? La respuesta vino sin titubeos: “El mejor tenor del mundo.” El entrevistador, el hoy ingeniero Braulio Gil, lo recuerda con claridad y ha sido uno de los seguidores de Plácido a lo largo de toda su carrera.

Mezclando el estudio con el trabajo

Las actividades de la familia de sus padres le interesaba muchísimo a Plácido. Siempre que podía los iba a ver al teatro con sus amigos. Platica que un domingo completo era fútbol por la mañana, toros por la tarde, cena de tacos o tortas en el Biarritz de la Glorieta de Chilpancingo (donde daba la vuelta el tranvía Valle), y luego al teatro a tiempo para la función de la noche, a las 10.

A propósito de las tortas del Biarritz, a Plácido se le adivina la cara de entusiasmo cuando en el libro en inglés se refiere al Biarritz: “*Sandwich* is an inadequate word for translating and describing those wonderful creations”. (“*Sándwich* es una palabra inadecuada para traducir y describir esas creaciones maravillosas.”) Y también recuerda Las Chalupas, otro sitio cercano al fut y a los toros... Con razón ha peleado con la báscula toda su carrera, aunque generalmente ha ganado y se ha mantenido en forma.

Como músico, le entraba a todo, y lo recuerda con cariño: tomó contrato para hacer la música de fondo de las grabaciones de las estrellas populares de esos años, César Costa y Enrique Guzmán, recordando puntualmente su intervención en “Tu cabeza en mi hombro” donde hacía una de las voces del coro.

Pero también platica una anécdota en la que acompañaba a un barítono que debía cantar ópera en un cabaret de mala nota, con los resultados esperados. Gritos de “cállate y que salgan las



Programa de la compañía de Pepita Embil

viejas”; otros de “muchacha”, les echaban en cara. El barítono, cuyo nombre omite en su libro, pedía a los “parroquianos” que lo dejaran trabajar, ya que eran sólo dos o tres piezas cortas las que debían soportar antes de que salieran las bailarinas... Todo lo confirmó el barítono, que era Salvador Quiroz, y el antro era ¡El Burro! A Plácido le dejaban tocar el piano pero no le podían servir alcohol porque no había alcanzado aún la mayoría de edad.

Pero agrega Quiroz, entonces anunciado como “el galán cantante”, que Plácido tomaba la parte del dinero que le asignaba como acompañante y la llevaba a su casa para ayudar al gasto, lo que hizo siempre. Además de lo relatado, Plácido tuvo un contrato importante en esos días de su carrera, con la puesta en escena de *Mi bella dama* por Manolo Fábregas, otro hombre de teatro. Plácido audicionó y obtuvo contrato para preparar a cantantes desde el piano, como director asistente, y para cantar en el coro y en papeles pequeños. Fue uno de los tres vagos que cantaban con Doolittle (en voz del tenor Mario Alberto Domínguez) en *Con un poquitín*. Salvador Quiroz era Freddy, pretendiente de Elisa Doolittle (Cristina Rojas). Plácido se cambiaba de traje de vago a *frac* para salir en el coro de la presentación de Elisa y el examen de dicción que le hace el húngaro Karpathy (Jorge Lagunes padre, tenor). *Mi bella dama* corrió 185 funciones en el Teatro Esperanza Iris y en Bellas Artes sin interrupción ni días de descanso.

De ahí lo contrató Evangelina Elizondo para ser su *coach* en la reposición de *La viuda alegre*, donde la actriz haría Hannah Glawary. Plácido hizo en ocasiones el Conde Danilo (40 funciones) y en otras, Camilo de Rosillon (130 funciones). Las sabía de memoria de la compañía de sus padres y luego —muchos años después, en los 90— la hizo en el Met de Nueva York, en inglés.

Pude preguntarle y me confirmó que siempre tenía el texto en español en la cabeza...

¿Ópera? No se veía venir... Lo convencieron de que hiciera una audición para la Compañía de Ópera de Bellas Artes y se presentó con piezas para barítono: ‘Nemico della patria’ de *Andrea Chénier* y el “Prólogo” de *Pagliacci*. Quienes lo examinaron le pidieron un aria para tenor, que cantó sin ensayo previo, leyendo a primera vista. Fue ‘Amor ti vieta’, de Fedora, y se le quebró el agudo, por lo que pensó que sería rechazado. Pero le dieron un contrato para pequeños papeles de tenor. (‘Amor ti vieta’ era uno de los caballos de batalla de Julio Julián, de Carlos Santa Cruz y de Paulino Saharrea, y seguramente se las acompañó Plácido muchas veces en casa de los Esteva.)

Realmente aquí se puede encontrar el inicio de su carrera operística. Fue en 1959.

(En el siguiente artículo, José Octavio Sosa enumera todo lo que de ópera cantó en México Plácido Domingo.)

Matrimonio

Plácido, de 17 años, vivió con su novia Ana María Guerra (1938-2006), quien tenía 19 años, y quedó embarazada. Decidieron casarse y recibir al hijo que venía: José Plácido Domingo Guerra (Pepe). El matrimonio duró poco y Pepe vivió con la familia Domingo. Conoció después a la soprano Marta Ornelas, más avanzada que él en el estudio del canto, alumna de Fanny Anitúa y muy comprometida con su carrera, que se vislumbraba prometedora. Plácido pensaba que a Marta no le gustaba. Y ella a él tampoco le caía bien. La veía lejana... pero Marta y Plácido empezaron a “andar juntos”, aunque sin la aprobación explícita de los padres de ella, en parte porque la fama de Plácido no era buena por andar picando diferentes trabajos, y el matrimonio fallido no ayudaba. No se le veía con una carrera seria, en contraste a la de ella.

Pero la amistad siguió y se hicieron novios, a la antigüita. Todos cuentan que a Plácido le gustaba salir de “gallo” o “llevar serenata”, lo que hoy sólo se refiere como una curiosidad. Pero Plácido cuenta que llevaba gallo tanto a Marta como a la mamá de ésta, y que la aprobación fue llegando. Se casaron el 1 de agosto de 1962 y ahora están a un año de cumplir sus Bodas de Oro.

El matrimonio Domingo-Ornelas recibió una oferta para cantar con la Hebrew National Opera de Tel Aviv, en Israel, y literalmente “se aventaron”. Creían que el contrato de 1000 libras por mes era jugoso económicamente hasta que se dieron cuenta que las libras de Israel eran de diferente valor que las esterlinas. Lo que recibieron por función resultó ser \$16.50 dólares, lo que los puso en verdaderos aprietos para subsistir. Cuenta el entonces ministro de la Embajada de México en Israel, Fernando Treviño, que los invitaba a comer frecuentemente y que asistían con positivo gusto.

Tres años después, Plácido recibió en Israel una invitación a audicionar en Nueva York. La tomó y pasó a formar parte del elenco de la New York City Opera. Marta Ornelas decidió entonces dedicarse a apoyar la carrera de su marido. Y, usando un sobado cliché, *lo demás es historia...*

Fachada del ►
Edificio Condesa,
en la calle
de Mazatlán



(Nota: La Unión de Cronistas de Teatro y Música, mejor conocida como la Unión de Críticos, otorgó su premio anual de 1960 a Marta Ornelas y el siguiente año a Plácido Domingo. Luego Plácido repitió en 1981, pero el premio que se recuerda es el de 1961.)

El temblor

La segunda estancia de Plácido en México se debió, desafortunadamente, al temblor de 19 de septiembre de 1985. Había abierto la temporada de Chicago con el *Otello* de Verdi, su papel más admirado en aquel tiempo. Al conocer la desgracia, llegó de inmediato cancelando las funciones siguientes. En el edificio Nuevo León del conjunto Nonoalco-Tlaltelolco vivía su primo Agustín García Embil con su esposa Julia, embarazada de tres meses, y un nene de tres años de la pareja. Agustín era hijo de la Tía Agustina, hermana de Doña Pepita y considerada por los Domingo Embil como su segunda madre, pues los atendía en las ausencias de los padres por sus carreras de cantantes, tanto en España como luego en México. Agustina vivió con la familia Domingo hasta que se casó y se fue a vivir en una casa en Satélite, junto con las de Don Pla y Pepita, y la del ingeniero Fernández y Maripepa, su esposa.

En otro departamento del mismo edificio vivía Ángel María Embil, otro hermano de Pepita y Agustina. Desde su llegada se lanzó a lo que parecía una tarea inútil ante la tragedia. Pidió ayuda por todos los medios a su alcance y la puso a disposición del rescate. Lograron llegar al departamento, pero encontraron muertos a su primo Agustín y al niño, y a su tía Ángel María y familia. Julia milagrosamente sobrevivió.

Agustín había pedido a Julia que se refugiara bajo el dintel de una puerta y luego fue hacia la camita del niño cuando todo se derrumbó. Lo anterior fue contado por la sobreviviente, quien siguió su embarazo y dio a luz con éxito. El 3 de octubre de 1985 escribí al respecto en *Ovaciones*. “Tagore escribió: *la vida se nos da y la merecemos dándola*. Aquí tenemos a alguien que está mereciendo esa vida... La cualidad que distingue la forma de ser



► Local de las famosas tortas Biarritz

de Plácido es la entrega, la participación en un grupo... Aquí nos dio más pruebas. Nunca buscó la publicidad. El hecho de ser una figura famosa lo puso al servicio del rescate pidiendo, suplicando, agradeciendo humildemente la ayuda de los que podían hacerlo...”

Se identificó a tal grado con el grupo que, cuando sus parientes fueron encontrados, sólo se separó para asistir a los funerales y

volvió al rescate. Y luego dedicó un año de su vida de cantante para reunir fondos para las víctimas del desastre. Canceló un año de trabajo en ópera y lo dedicó a dar conciertos y apariciones personales de beneficencia, que traen más dinero que las funciones de ópera. Era el año 44 de su vida, cuando un tenor está entrando en su plenitud. Estaba ofreciendo uno de los mejores años de su vida a la causa de los damnificados.

Los fueros de serie

The Outliers, the story of success es el título de un libro de Malcolm Gladwell escrito en 2008 y que derrama una luz sobre el cómo y el porqué del éxito de los que lo han tenido en abundancia. Éste, sin duda, es el caso de Plácido Domingo.

Gladwell trata los casos de Bill Gates, Wolfgang Amadeus Mozart, los Beatles, los equipos de hockey en Canadá, los grandes ricos de la historia, los asiáticos en las matemáticas, las escuelas especiales KIPP del Bronx de Nueva York... y encuentra puntos comunes y diferencias notables. Al tratar de entender qué hace de algunos casos algo *fuera de serie* (*outlier*) se pregunta si es herencia, educación, tesón, el medio ambiente u otro punto detonante. Y llega a la conclusión de que para que se produzca un “fuera de serie” deben coincidir muchas condiciones. No es una cosa que cae del cielo, como se usa decir especialmente de Wolfgang A. Mozart: nos dice que para llegar a producir obras realmente geniales tuvo que acumular 10,000 horas de trabajo, además de las indudables dotes musicales y la suerte de tener un padre profesor de música y haber nacido en los años que vivió y en el lugar en el que vivió.

Los Beatles salieron de Liverpool como una banda de rock como tantas otras y los integrantes se vieron sometidos desde muy jóvenes a un ritmo de trabajo de siete días por semana con seis a siete horas diarias en los sórdidos cabarets de Hamburgo. Y cuando volvieron, fue para dejar su huella en el mundo.

Plácido Domingo es un ejemplo que le falta a Gladwell, pues tiene todos los elementos que menciona en su libro para ser un *fuera de serie*. El haber nacido en el seno de una familia de músicos fue importante, y pudo haber ayudado con los genes. Pero la ética de trabajo de las compañías de zarzuela de ese tiempo puede haber sido aún más importante. Acumuló, como hemos visto, cientos de horas de trabajo siendo apenas un joven. México pudo haber sido también un lugar de oportunidad. Las escuelas a las que asistió, las veladas en casa de los Esteva, las clases de piano con el maestro Barajas y su método tradicional, pero estricto que, como él mismo nos dice, fueron más importantes que las rigideces del Conservatorio. El matrimonio con Marta Ornelas, una soprano con carrera que entendió claramente la carrera del tenor y sus requerimientos de tiempo y de lugar. La inclusión dentro de la Ópera de Bellas Artes en una época en la que se daban muchas óperas por año; el paso por la Ópera de Tel Aviv, con poco dinero, mucho trabajo y muchas exigencias técnicas, ayudaron sin duda. Cuando llegó a Nueva York con un contrato de la City Opera y como *cover* del Met, era ya un artista hecho al que sólo le faltaba ser descubierto por el mundo. Y la ética de trabajo y la disciplina que vivió con sus padres desde niño le han permitido ser el asombro del mundo a sus 70 años de edad: dirigiendo óperas, presentándose en conciertos, cantando y aprendiendo nuevos papeles en los teatros más importantes, y administrando dos casas de ópera de importancia (Los Angeles y Washington D. C.).



Plácido y Maripepa con Pepita Embil

Plácido Domingo Embil ha sido objeto de todos los homenajes imaginables. Todos quieren acercársele. Y no ha perdido su manera íntima de ser. Sigue siendo el hombre eminentemente familiar que siempre fue. La familia es su refugio contra la adulación, que le permite conservar los pies en la tierra sin dejar de saber cuál es su papel en este mundo del espectáculo. ¿Hasta cuándo? Él mismo lo dijo: “Cantaré ni un día más de lo que deba, ni un día menos de lo que pueda”. ●

Para reunir la información para esta semblanza, debo agradecer a Carlos, Pepe y Toño Esteva; al director de orquesta y compañero de Plácido en sus años mozos Fernando Lozano; al tenor Carlos Santacruz; al barítono Salvador Quiroz; al actor y cantante Leopoldo Falcón; y muy especialmente a la señora Maripepa Domingo de Fernández, hermana de Plácido Domingo Embil.

Fotos: Plácido Domingo y Pepita Embil, SIVAM, A.C. 1998; Sra. María Josefa Domingo de Fernández; Colección Xavier Torresarpi.